

Madre María Amparo del Sagrado Corazón de Jesús

Boletín informativo

1^{er} semestre 2021

Nº 100



*«Las almas humildes, aunque ven su impotencia,
ponen su confianza en Dios.
Hace muchísimo una voluntad
bien determinada a ser santa,
y en esta materia podemos
bastante más de lo que creemos.».*

MAESTROS DE LA CONFIANZA

El mundo entero pasa hoy por momentos de dificultad, oscuridad e incertidumbre. La pandemia del covid-19 nos ha colocado ante nuestra fragilidad, y ante la necesidad de volver a lo esencial y de confiar... ¿en qué? O mejor: ¿en quién? Necesitamos de alguien que salga fiador del sentido de nuestra existencia, especialmente en momentos como éste. Nuestra

madre, la Iglesia, que conoce bien las necesidades de sus hijos, nos acompaña con solicitud en nuestro peregrinar, y a través del Papa Francisco nos invita a poner los ojos en san José, modelo de fe íntegra que supo vivir el misterio confiando plenamente en los designios del Padre.

El pasado 8 de diciembre se cumplió el 150 aniversario de la declaración de san José como patrono de la Iglesia universal, y con este motivo el Papa ha publicado la carta apostólica *Patris corde* y nos ha regalado un año jubilar dedicado al santo patriarca, que tuvo —y tiene— una discreta pero imprescindible misión en la historia de la salvación.

Nos dice el Papa, refiriéndose al momento actual que estamos viviendo: Estos meses de pandemia podemos experimentar, en medio de la crisis que nos está golpeando, que «nuestras vidas están tejidas y sostenidas por personas comunes —corrientemente olvidadas— que no aparecen en portadas de diarios y de revistas, ni en las grandes pasarelas del último show pero, sin lugar a dudas, están escribiendo hoy los acontecimientos decisivos de nuestra historia: médicos, enfermeros y enfermeras, encargados de reponer los productos en los supermercados, limpiadoras, cuidadoras, transportistas, fuerzas de seguridad, voluntarios, sacerdotes, religiosas y tantos pero tantos otros que comprendieron que nadie se salva solo. (...) Todos pueden encontrar en san José —el hombre que pasa desapercibido, el hombre de la presencia diaria, discreta y oculta— un intercesor, un

apoyo y una guía en tiempos de dificultad. San José nos recuerda que todos los que están aparentemente ocultos o en “segunda línea” tienen un protagonismo sin igual en la historia de la salvación».

En orden a lo que hemos dicho, ¿qué semejanzas podemos encontrar entre san José y madre María Amparo? Ambos, en sencillez y pobreza, fueron llamados por Dios a una misión en apariencia imposible. Y aquí aparece la fe inquebrantable de ambos en la Providencia, creyendo contra toda esperanza, dejando de lado sus propios proyectos para cumplir siempre la voluntad de Dios sin arredrarse ante las dificultades, obedeciendo con presteza y sin poner resistencia, enseñándonos que en medio de las tormentas no debemos temer, pues es Dios quien nos cuida y vela por nosotros.

Un ejemplo claro de esta confianza que el Señor pidió a madre María Amparo lo encontramos en los comienzos de nuestra fundación. Al igual que José recibió del ángel la invitación a no temer cuando no sabía qué decisión tomar con respecto a María, porque «el Hijo que ha engendrado es del Espíritu Santo», el mismo Corazón de Jesús le reveló a madre María Amparo en sus dudas y miedos que...:

**El Papa
ha publicado
la carta
apostólica
Patris corde
y nos ha
regalado
un año jubilar
dedicado
al santo
patriarca.**

«No haces tú la fundación, sino Yo; no es obra de criaturas, sino mía».

Ambos, José y María Amparo, obedecieron, sin cuestionarse acerca de las dificultades, sin poner condiciones o con quejas estériles. Muchas veces, sin ver, pero acogiendo el misterio y abrazándolo. En cada circunstancia supieron pronunciar su «fiat», como María en la Anunciación.

Al saberse incondicionalmente amados por el Padre permanecen atentos, y su docilidad les permite gozar de esa paz profunda del corazón, de esa armonía interior que, como dice Benedicto XVI, es raíz de toda esperanza.

Dios fijó su mirada en José y le dio la misión de hacerse cargo de su Hijo y de María. En el caso de nuestra madre María Amparo la eligió para llevar a cabo la fundación de un monasterio en el que sus moradoras fuesen recreo y descanso para el Corazón de Jesús, ofreciendo su vida por los sacerdotes y almas consagradas. Ambos, aun sin entenderlo todo, asumieron y abrazaron el plan divino con una confianza inquebrantable, creyendo firmemente que «para Dios no hay nada imposible».

Y, ¿cómo fue la relación de madre María Amparo con san José? Ya desde muy joven acudía confiadamente a él en las dificultades y pruebas, tanto en las relacionadas con su vocación como en otros asuntos de la Comunidad (espirituales, económicos, etc.) Hablando de su entrada en el monasterio del Corpus Christi de Salamanca cuenta:

«Como me encontraba tan sola con relación a mi entrada

en Religión,

le pedía a San José

que me ayudara

y me diera medios,

pues cada día tenía

mayor deseo;

y, en efecto,

bien me ayudó,

pues bien claro

se ha visto su intervención

en ir a Ejercicios. (...)

Razón tienen las monjas

para decir que San José me lleva.

Yo así lo creo».

Y así lo vivió. Ella aprendió que esos momentos en que las cosas no salen como teníamos pensado, cuando no entendemos, el control se escapa de nuestras manos y surgen las tentaciones de desconfianza... Esos momentos son, en realidad, una oportunidad inigualable para preguntarle a Dios qué espera de



nosotros. A este respecto, nos dice madre María Amparo:

*«Cuando penetraba
en mi interior
donde Dios estaba, todo me
parecía fácil y posible,
pero cuando reflexionaba
a mi manera,
todo lo dudaba y todo
me parecía imposible».*

Las “dudas” tanto de san José como de madre María Amparo no provienen de la desconfianza en Dios, sino de su situación respecto al misterio del que se consideran indignos. Conscientes de su pobreza, se sienten profundamente conmovidos y abrumados ante la manifestación de Dios en sus vidas. Pero no dan marcha atrás, sino que con la humildad y sencillez propias del que sabe que todo lo ha recibido de Dios y que nosotros somos sus instrumentos, admiten y acogen el misterio que les es dado, y sin oponer resistencia, buscan únicamente restituir con su vida todo lo que han recibido, aún sabiendo que por ellos mismos no serían capaces de llevar a cabo la misión que se les ha confiado.

Nos dice el Papa: *«José no es un hombre que se resigna pasivamente. Es un protagonista valiente y fuerte».* Esta

respuesta a la voluntad divina es una de las maneras por las que se manifiesta en nuestra vida el don de fortaleza que nos viene del Espíritu Santo, pues sólo el Señor puede darnos la fuerza para acoger la vida tal como es, con sus incertidumbres, alegrías, dificultades, consuelos o sequedades. Así se edificó también este monasterio y más aun la comunidad, a pesar de la enfermedad de su fundadora, de las tentaciones del enemigo, y de las contrariedades y dificultades que no faltaron en ningún momento.

Vemos entonces que las dificultades no son un obstáculo para la intimidad con Dios ni para poner nuestra confianza en Él, sino que se convierten en una oportunidad. Fijémonos en las palabras que le dirigió el Sagrado Corazón a nuestra madre María Amparo:

*«He querido y quiero
manifestar en vosotras
lo que puedo hacer
en pobres y débiles criaturas
cuando obro en ellas.
No temáis;
alegraos en mi Corazón,
seguras de que
de cuanto haga en vosotras
sacaré mi gloria
y vuestra santificación».*

Por eso ella puede aconsejarnos el abandono confiado en las manos de Dios como el niño en los brazos de su padre, tal como lo vivió:

*«El Señor cuida de mí
y nada me faltará.
Debo, por lo tanto,
dejar todas mis cosas
a su cuidado y a su solicitud
y a su amor,
y con santo abandono
tomar de su mano con confianza,
sumisión, respeto y gratitud
todas las cosas, procurando solo
santificar el momento presente».*

Dios es fiel a sus promesas. En este año, pidámosle a san José su intercesión para que nos enseñe a abandonarlo todo a la voluntad de Dios con una confianza sin límites, viviendo en el silencio, sin dejarnos llevar por el ruido exterior, para estar atentos y escuchar lo que espera de nosotros con la sencillez, humildad y agradecimiento de quien se sabe amado incondicionalmente, aunque a veces no entendamos los planes de la Providencia. Podemos hacerlo con la oración que nos propone el Papa Francisco en este año dedicado al santo Patriarca:



Salve, custodio del Redentor
y esposo de la Virgen María.
A ti Dios confió a su Hijo,
en ti María depositó su confianza,
contigo Cristo se forjó como hombre.
Oh, bienaventurado José,
muéstrate padre también a nosotros
y guíanos en el camino de la vida.
Concédenos gracia, misericordia y valentía,
y defiéndenos de todo mal. Amén.

RECUERDOS



Comenzamos a publicar, en este número 100 de nuestro boletín, una nueva serie de recuerdos recogidos por madre María de Jesús Amor Misericordioso, que dirigió a la Comunidad como abadesa durante muchos años y recogió, junto con nuestras primeras hermanas, el legado espiritual de madre María Amparo.

Antes de adentrarse en la redacción de sus recuerdos, podemos leer esta pequeña introducción escrita por ella misma:

«Apuntes de lo que he visto y veo, en nuestra venerada madre y que escribo por orden de su dignísimo director, y teniendo en cuenta que esa era también la voluntad, varias veces manifestada, de nuestro venerable padre Arintero, cuya santa memoria siempre vive entre nosotras, recordándole por muchos motivos, llenas de agradecimiento, respeto y devoción».

«Por más dulce y agradable que me sea el hablar de nuestra madre querida, me siento incapaz de saber hacerlo, ya que más fácil me es sentir que expresarme. ¡Ojalá supiera decir lo que mi corazón siente y mi alma debe a esta madre querida!, pero aunque no sepa hacerlo como mi madre se merece, no por eso dejaré de obedecer, ya que la obediencia es una de las virtudes que esta madre querida más se esfuerza en inculcar».

Incluimos ahora unos recuerdos relacionados con san José, al que tanto nuestra madre María Amparo como sus hijas veneramos con especial cariño. Escribe Madre María de Jesús:

«La siguiente cartita a san José, dictada por nuestra amadísima madre, que le tenía gran devoción, fue cerrada en diminuto sobre y guardada en la cartera o alforja que ostenta la imagen del santo patriarca que tenemos en el coro, ante la cual hacemos los siete domingos en comunidad».

4 de febrero de 1940

Queridísimo san José de mi alma: Tú sabes cuánto deseo que el Divino Corazón de Jesús y la Virgen santísima, nuestra Madre querida –tú bien la conoces–, sean benditos y glorificados y perfectamente servidos en esta santa casa. Como es tan grande nuestra debilidad y nuestra flaqueza, muchas veces no corresponde a estos deseos la virtud de la comunidad; te la encomiendo y te la entrego, patriarca santo, para que tú la dirijas, para que le enseñes la verdadera oración, la verdadera caridad, el espíritu de recogimiento.

Te ofrecemos los siete domingos que comienzan hoy para que nos concedas, a mayor gloria de Dios, la gracia grande para el alma necesitada que tú sabes. También te pedimos, glorioso patriarca san José bendito; trae tú como mejor te parezca a la pobre Conchita para que no perezca en el mundo. Tráenos también a Isabelita y a las demás que tú sabes que convienen para que sirvan a Dios.

Te encomiendo particularmente la necesidad del confesor ordinario; tráenos un párroco santo que se identifique con la comunidad. No permitas que el resplandor de virtud con que la misericordia de Dios alumbra a la comunidad, se apague por nuestro mal comportamiento.

Recibe a nuestras almas cuando partan de este mundo y en tus brazos llévalas al paraíso.

Sabes cuánto te quieren estas

tus hijas (rubricado)

P.D. Te rogamos encarecidamente, glorioso san José, que nos alcances la salud de nuestra bendita madre; que viva muchos años para mayor gloria de Dios, santificación de la comunidad y gozo de la santa Iglesia*.



Jaculatoria: “Glorioso san José,
custodio de las vírgenes, enséñanos a
amar a Jesús y a orar
con las santas disposiciones
con que vos orasteis
en la casita de Nazaret”.

*Esta postdata fue escrita por nuestras hermanas después de recoger al dictado de madre María Amparo el texto anterior.

TESTIMONIO

SOR MARÍA NATIVIDAD DEL DIVINO INFANTE

Conocí a Nuestra Madre *queridísima*, en Septiembre de 1937. Reconocí desde el primer momento algo inexplicable, y sobre todo, un sentimiento tan especial de que su mirada, sin ser insistente ni molesta, sino por el contrario, suave y agradable, llegaba hasta lo más hondo de mi alma y leía, sin que yo se lo dijese, todo lo que había en mi corazón; y salí de su presencia con confianza de que llegaría un día en que el Señor me dejaría sentir claramente su voluntad.

Al año siguiente volví a verla, y en mi interior deseaba vivísimamente que Nuestra Madre me dijese claramente y sin rodeos, que el Señor me quería en esta Santa Casa, pero su prudencia exquisita y elevada, no le permitió adelantarse, a pesar de que bien debía conocerlo, (pero ésta era una de sus características: el no dar a las almas ni más ni menos de lo que les convenía, y en el momento oportuno), y así dándome muchísimos alientos, e inspirándome grandísima confianza, me dijo: Ya Dios se valdrá de alguna persona que se lo manifieste, hija. Y así sucedió en efecto.



Antes de ingresar en esta Santa Casa, todas las cartas que recibía de Nuestra Madre, no sólo me llenaban de consuelo y gozo, sino que me infundían una fortaleza realmente de Dios, pues si no ¿cómo hubiese podido yo sola, sin esta gracia divina, que el Señor por medio de esta Madre me comunicaba, decidir y efectuar mi salida del mundo, y la separación de los que tanto amaba, y que no se me ocultaba lo que sufrían, y lo que aún les quedaba por sufrir?

Siendo aún postulante, estaba un día con pensamientos que me molestaban, y como yo había oído decir tantas cosas de Nuestra Madre, pensé: «Si al salir a recreo, Nuestra Madre me diera alguna señal que me dejase tranquila...!» Y efectivamente, no sé cómo fue, pero sin yo decirle nada, me hizo una cruz en la frente, con lo cual me quedé contentísima y tranquila.

Sabía Nuestra Madre querida cuánto me preocupaba la idea de que mis padres estuviesen en el Purgatorio; y el día de la toma de Hábito, al contarnos, esta Madre bendita, todas las almas que desde el Cielo y el Purgatorio, habían asistido a tan solemne acto, me dijo: «Allí estaban tus padres; contentísimos de verte en esta Casa, y yo les invité para que fuesen tus padrinos»; pero como no me dijo nada de si habían venido del Cielo o del Purgatorio, yo por ello comprendí que estaban en aquel lugar de expiación.

Algunos meses después, un día, llamó a Madre Maestra, quien al volver al noviciado venía emocionadísima y con los ojos llenos de lágrimas; todas la rodeamos para saber qué sucedía: «Es que me ha dicho Nuestra Madre...» —y no podía continuar— «¿Qué, qué?» —le interrumpíamos—. «¡Que los padres de hermana María Natividad se han ido al Cielo!». La emoción que sentí es inexplicable, no sabía si reír o llorar. ¡¡Los dos estaban ya gozando de Dios!! Gracias a su misericordia infinita ¡sí!, pero también ¡gracias a las peticiones e intercesión de esta Madre queridísima!

Pero lo verdaderamente admirable en esta Madre querida, eran sus virtudes. Me admiraba siempre su exquisita atención y cuidado para con nosotras, olvidándose siempre de sí para atender a los demás. Su don especialísimo de ponerse al nivel de cada una, así fuésemos la más ignorante y ruda, sobre todo en materias espirituales, y sin embargo, cómo esa Madre querida nos escuchaba y atendía sin la menor demostración de cansancio, y a veces ¡le debíamos producir tanto! Pero es que tratándose de hacer bien a nuestras almas, todo le parecía poco; la cosa más insignificante le daba motivo para hacernos mil reflexiones que nos ayudasen a adelantar en el camino de la santidad enseñándonos a espiritualizarlo todo, hasta los actos más sencillos y comunes. Su caridad, tanto en cuanto es amor de Dios, como en cuanto es amor al prójimo, no conocía límites en generosidad y desprendimiento. ¡Nunca se quejaba! Siempre con aquella entrega completa a la voluntad de Dios y esto fue toda su vida: ¡sacrificio e inmolación por las almas! Y de un modo especialísimo, su última enfermedad.

En fin, que hablando de esta Madre querida nunca terminaría: a su lado se sentía a Dios, pues ¡inspiraba e infundía una paz, un Consuelo, un deseo de ser mejor, de santificarse, a la vez que un respeto...!

¡Madre querida! si no hubiese sido por ti ¿dónde y cómo estaría mi pobre alma?

Esta tu más indigna hija, pero que te ama de veras te pide que no dejes de seguirla dirigiendo esa tu mirada que es luz y aliento y fortaleza, para seguir más de cerca tus heroicos ejemplos con la esperanza de que llegue el día feliz de unirse para siempre a Jesús y a ti ¡Madre querida! en el Cielo.

CONSEJOS ESPIRITUALES

A Monseñor Sabas Sarasola le dirige estas palabras en sus cartas:

*¡Qué prodigios
hace Jesús
en el alma
que le entrega
toda su fe,
toda su
confianza,
todo su amor...!»*

«Él se ofrece a ser su fuerza y su defensa a medida de la confianza que tenga en Él. Extienda, pues, esta confianza a todas las cosas y entréguese a Él sin reserva, y ya verá cosas grandes. Jesús me ha dicho que Él está aun cuando a veces no lo sienta. Si lo sintiera tendría certeza de lo que le digo, pero disminuiría la fe; y como quiere ejercitarle en esta virtud, le priva a veces de esta prueba sensible: así se sujeta la razón, así se alaba a Dios. Él está siempre con su Señoría y sus divinos ojos no se apartan un punto de su alma y de todo su ser; corresponda, pues, a esa mirada de predilección con otra de mucho amor y de mucha confianza».

«No desconfíe, Padre mío, que nada hiera tanto al Corazón amante de Jesús como la desconfianza de sus escogidos. Y son tantas las almas que no comprenden a Jesús, que desconfían de Él, porque se hace esperar para más santificarlas. Su Señoría crea en el amor de Jesús; a su lado está siempre, con Él fácil le será ir subiendo sin desfallecer hasta llegar a la meta divina que es la unión con Él. ¡Qué prodigios hace Jesús en el alma que le entrega toda su fe, toda su confianza, todo su amor...!»

Por su parte Mons. le abre su corazón y se confía a la oración de nuestra madre:

«(...) ¿cómo dudar de que Dios dirige los acontecimientos, los corazones y todas las cosas en orden a la realización de sus amorosos designios? Quiero permanecer con la mirada siempre en alto, en Dios, y todas las cosas verlas en Él y para su gloria. No buscarme, ni mirarme, olvidarme, desaparecer, repitiendo las palabras del Bautista: “Conviene que yo venga a menos, y que Él crezca y resplandezca”».

GRACIAS CONCEDIDAS POR INTERCESIÓN DE M. MARÍA AMPARO

Estuve con coronavirus, pero gracias a Dios lo aguanté. Creo que madre María Amparo me ayudó desde el cielo. Mi salud va mejorando.

Muchísimas gracias por las oraciones.

El señor coronavirus
determinó visitarme
y me declaró la guerra
un buen día al levantarme.

Nunca tuve tanto miedo
de morirme cualquier día:
qué negras eran las noches,
qué largos eran los días.

Era del todo difícil
soportar sola en mi celda.
Pero tuve visitantes
que me olvidaban de ella.

Estaban las enfermeras,
estaban las auxiliares,
pero estaba don Ramón,
médico que tanto vale.

Sentí tanta compañía
con el cariño de todos,
que se pasaron los días
bien sabe Dios de qué modo.

Dormía bien y comía,
con ganas me hice la fuerte,
aunque yo bien presentía
que me rondaba la muerte.

A Dios mi espíritu alzaba
pidiendo misericordia,
y con paciencia rezaba
que me llevara a su gloria.

A la Virgen de la Peña
con fervor me encomendaba
y mis queridos hermanos
su manto por mí besaban.

A la Madre María Amparo
mi confianza elevaba
deseando me consiguiera
salir de aquella desgracia.

Y llegó un día bonito,
en que me hicieron la prueba:
ésta me dio negativo,
se había machado la fiera.

Gracias. Mil gracias a todos
y también a don Ramón,
los llevo a todos metidos
muy dentro del corazón.

Julia Zamarreño (Salamanca)

Hermanas clarisas: me dirijo a ustedes para agradecerles las oraciones que realizan por mi y toda mi familia y al mismo tiempo pedirles que rueguen a la madre María Amparo por todos nosotros.

Luisa Varela (La Coruña)

¡Paz y Bien!

Mi nombre es Cícero Santos. Amo a Dios y a mi Iglesia Católica. Las vidas de los santos son para mí como luces para iluminar mi camino de fe.

La Venerable Hermana MARÍA AMPARO DELGADO GARCÍA, en su camino por este mundo, resultó ser un ejemplo de fe admirable. Su vida es un gran testimonio de amor por Cristo y su Iglesia.

Quisiera, si es posible, recibir algunas reliquias y biografías de este gran testimonio de Cristo, que consolidarán aún más mi devoción y me servirán de consuelo espiritual.

Cícero Santos (Brasil)

Queridas hermanas: quería pedirles por un compañero y amigo de mi marido: está luchando contra el cáncer, especialmente porque está solo. Yo he pedido por su curación a través de la madre Amparo pero les agradecería que ustedes que están mas cerca de ella y de Dios rezaran por él.

Deseo también comunicarles que mi hija está mejor de salud y esta trabajando .

Agradezco su ayuda que como siempre no me falla.

Joaquina (Salamanca)

Muy estimadas hermanas:

Escribo desde Mérida para dar mi testimonio sobre M. María Amparo, a quien conocí a través de un boletín en el año 2005, concretamente el número 69, que llegó a mis manos una tarde que iba a rezar a la capilla de las Concepcionistas de Mérida. Allí lo encontré y decidí llevármelo para leerlo. Al poco tiempo me puse en contacto con ustedes mostrando mi interés para recibirlo en casa y también para solicitar material sobre la Madre. Desde entonces empecé a recibir los boletines que conservo junto con los libros y todas las publicaciones sobre ella.

A partir de ese momento hice, en la medida de mis posibilidades, propaganda de la Madre y raro es el año que no les he llamado al menos una vez para pedirles material extra de la Madre, como podría ser más boletines o estampas.

En este boletín número 100, quería compartir con los lectores algunos pensamientos sobre Madre María Amparo.

El rasgo en el que me fijaría es su fe en la Providencia: con tan poco y con tantas limitaciones pudo llevar a cabo la fundación. Hoy en día, tan inundados de materialismo, de inseguridades y temores cuesta vivirlo.

Con respecto a la fundación me llama mucho la atención la visión que tuvo con 10 años. Me viene a la mente y hasta me atrevo a asociarlo al «fiat» de María en la Anunciación. Madre María Amparo vio el monasterio edificado sobre un río de gracias y, al igual que María, dijo sí y confiando en los planes de Dios, su vida fue un decir constantemente: «He aquí la esclava del Señor». Personalmente me sirve para comprender lo importante que es decirle a Dios sí y dejarnos conducir por Él. La fe en la Providencia, es imprescindible para no dejarnos arrastrar de las corrientes que no piensan desde la óptica del Señor.

Otras características de la Madre María Amparo que me ayudan son: su amor por la reparación y el olvido de sí.

No me extiendo más. Sólo decirles que cuando conocí a Madre María Amparo tenía 16 años. Ahora tengo 31 y mi vocación cristiana la vivo en medio del mundo bajo la espiritualidad del Opus Dei, de la que soy miembro, y muchos de los rasgos de Madre María Amparo son similares a los de San Josemaría.

En unión de oraciones y como el Papa dice cada vez que escribe una carta, ¡recen por mí!

Daniel Montero Viera (Badajoz)

Agradecen favores

Antonia Rivas (Cáceres); Ana Rey Lapidó (Pontedeume); Ivette Aróstegui (Salamanca); Beryl Joan Howgate (Inglaterra); Nieves Ordóñez (San Sebastián); Asunción Josefa Barbero (Salamanca); María Jesús Nieto (Valladolid); Francisca (Madrid); Esther Calleja (Valladolid); María Dolores Copete (Valencia); Íñigo Velasco (Madrid); Francisco Miguel García (Cuenca); Familia Abecia Medrano (San Sebastián); Salvadora Hernández (Salamanca); Begoña Mora (Bilbao); Teresa Dotor (Madrid); María Dolores Fontán (Madrid); Marciala Sobrino (La Coruña); Jaime Núñez Hiller (Cádiz); Santiago Marcos González (Cádiz); Laureano Andrés Monsalvo (Peñaranda de Bracamonte); Joao do Santos (Brasil); Rosario Cabrera (Madrid); Lucinio Rivera (Valladolid); Celia Calleja Barcia (Valladolid); Lydia Sanz (Madrid); Esther Hernández Cuesta (Valladolid); Andrés Pérez (Cádiz); María Sol de la Cuesta (Madrid); Paco Martín (Madrid); Genoveva Gomar (Madrid); José González (Córdoba); Nieves Nájera (Castellón); Conchita Muñoz (Ávila); Isidoro Curiel (Valladolid); Juliana Delgado (La Rioja); Vicent Klee (Francia); María del Carmen Rojo (Madrid); Pilar Segurado Arenales (Salamanca); María Teresa Satorres (Barcelona); Yolanda González (Madrid); Luisa Varela Sánchez (La Coruña).

***Nota:** Aprovechamos el boletín para agradecer de todo corazón los donativos enviados para la Causa, pues no siempre hemos podido hacerlo por escrito por carecer de su dirección. Si pudieran indicárnosla al hacer el donativo, les quedaríamos muy agradecidas.*

Biografía breve



Nació María Amparo en la villa de Cantalapiedra (Salamanca) el 30 de octubre de 1889. Alma privilegiada desde su infancia, al hacer su primera comunión sintió fuertes deseos de «*ser toda de Dios y toda para siempre*».

Con diecinueve años ingresó en el Císter de Arévalo, mas su falta de salud la obligó a salir poco después. En el retiro de su casa paterna continuó una intensa vida de oración y pruebas espirituales, que la condujeron hasta la experiencia mística del desposorio espiritual con la Santísima Trinidad el 15 de agosto de 1912.

Algo mejorada su salud, ingresaba en el Monasterio del Corpus Christi de Salamanca el 19 de mayo de 1913. Allí fue avanzando en la vida religiosa, aunque sin olvidar aquella visión que tuvo a los diez años de edad en la que Jesús le mostró un monasterio fundado sobre un río de gracias que brotaban de su mismo Corazón y al que llegaban a beber innumerables almas. Ella era la destinada por Dios para fundar ese monasterio en su villa natal de Cantalapiedra, con el fin de consolar, amar y reparar al Corazón de Jesús, y rezar particularmente por la santificación de los sacerdotes y las almas consagradas.

Y, en efecto, el 31 de mayo de 1920 comenzaba la andadura del Monasterio del Sagrado Corazón de Jesús de Cantalapiedra, contando con la eficaz ayuda del padre Juan González-Arintero, O.P., y del párroco de Cantalapiedra, don Ambrosio Morales Manzano.

Madre María Amparo fallecía el 6 de julio de 1941, dejando, además de una floreciente comunidad de clarisas, una estela de santidad, reconocida ya por la Iglesia en la heroicidad de sus virtudes, a la espera del día de su beatificación.



Publicaciones

- *Cuando el Amor es entrega*. Biografía. PALOMA TENA. P.V.P. 9 €
- *Una obra de amor. Epistolario entre M. María Amparo y el P. Juan González-Arintero*. P.V.P. 10 €
- *Espigando*. Anécdotas. P.V.P. 2 €
- *La estigmatizada de Cantalapiedra*. Espiritualidad. P. GASPAR CALVO, O.F.M. P.V.P. 4 €
- *La santidad una amable manera*. Espiritualidad. P. GASPAR CALVO, O.F.M. P.V.P. 4 €
- *Trigo de Dios*. Pensamientos. P.V.P. 2 €
- *Pétalos*. Pensamientos. P.V.P. 2 €

Para nuevas suscripciones, rellenar y enviar la siguiente autorización:

El abajo firmante, D. con N.I.F., de conformidad con lo establecido en la Instrucción sobre Protección de Datos Personales de la Diócesis de Salamanca, aprobada por el Obispo de la misma mediante decreto del día 21 de enero de 2020, por el que se aplica la normativa en concordancia con lo dispuesto en la Ley Orgánica 3/2018, de 5 de diciembre, de Protección de Datos Personales y garantía de los derechos digitales, por medio de este documento **autorizo** al Monasterio del Sagrado Corazón de Jesús (Clarisas, Cantalapiedra) **para el tratamiento de mis datos** personales facilitados a fin de que puedan ser incorporados al Fichero de datos personales de dicha Comunidad en orden a posibles comunicaciones. Éste garantiza la confidencialidad de mis datos y que éstos no van a ser utilizados para finalidades distintas a las indicadas. En, a de 2021.

Firma

Para agradecer favores, enviar limosnas, pedir libros, novenas, reliquias y propaganda, escribir a:

CAUSA DE BEATIFICACIÓN MADRE MARÍA AMPARO

Monasterio del Sagrado Corazón de Jesús

37400 - Cantalapiedra (Salamanca) - España

Tel: 923530039 / E-mail: mmariaamparosc@gmail.com

Los donativos y la compra de libros por medio de: Giro postal o bien

c/c: ES300075 5701 2106 0354 6944 BiC: BSCHESMMXXX

S 711-1981